860.9
C89p

UNIVERSITY
OF
ILLINOIS

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

860.9
C89p

~~ROMANCE~~
~~DEPARTMENT~~

Return this book on or before the **Latest Date** stamped below. A charge is made on all overdue books.

University of Illinois Library

JAN 30 1959

JUL 18 1967

NOV 2 9 ANS'D

L161—H41

DIOSES CAÍDOS

Lo palpitante.

DIOSES CAÍDOS

(CLARÍN, PARDO BAZÁN, GALDÓS)

POR

JOSÉ DE CUÉLLAR

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE LA RIVA
Calle de San Isidro, 6 duplicado.

1895

860.9
C89p

PALABRAS mías de antaño, compromisos contraídos con mi propia conciencia, fuérzanme hoy que los *ídolos* se tambalean á poner mi esfuerzo todo en su caída, aunque tenga la triste convicción de que no hay nada más difícil de arrancar de su trono que la imagen abominable de un fetiche.

Sin agravios propios que vengar, contento en mi insignificancia feliz, ni guía mi pluma el móvil bastardo de dar al amor propio una satisfacción poco caballeresca, ni la ambición de una nombradía malsana, conquistada por el escándalo, me seduce.

De poco tiempo á esta parte, la lucha no ha mucho empeñada entre la *gente nueva* y los dioses de nuestro desmedrado *Olimpo* literario se ha recrudecido de una manera innegable. A los tímidos ataques razonadísimos de los

359262

2G Pp 17 O. M. W.
Romance Seminar 7th Hungie 23 Ja 17 Stechert #1

que forman en la vanguardia de la gente moza, el orgullo, la soberbia, en permanente irritación, de los próceres de sainete de nuestra literatura, ha contestado con la palabra arrebatada de la ira y con los acentos del más censurable desdén. Y una vez que se han roto las hostilidades de un modo tan manifiesto, no debemos retroceder un punto, ni abandonar un instante el terreno conquistado.

Yo tengo la debilidad del amor á *los míos*, á los que luchan á mi lado, y antes de ahora lo dije al empezar una empresa, desgraciada como mía, y hoy no tengo por impertinente el repetirlo. Creo que ha empezado el período de la lucha titánica, no ya sólo por el ideal caído y despreciado, sino también por la existencia; y no soy el último en lanzarme á ello con mis pocas ó muchas fuerzas, con unos cuantos en compañía, y sígame quien quiera.

Sí, ha llegado el momento del luchar desesperado, sin tregua posible, sin vivificador descanso. Combate cruento por el ideal y la vida. Para cada generación hay marcada en el infinito una carrera. Sigamos nosotros, los jóvenes, la nuestra, sin importársenos de nada.

Destruyamos cuanto se oponga á nuestro progreso, demos en tierra con este edificio social desquiciado, enterremos el cadáver insepulto, y si no hay resurrección posible, esperemos. No vamos á capitular con el mal porque no sepamos sustituirlo con la virtud. Sin esperanzas redentoras de gloria ni fortuna cuando se siente que lejos de ayuda

protectora toda medianía encumbrada, toda mediocreidad en triunfo ve celosa, toda *fuerza nueva*, todo espíritu nuevo que se lanza al combate; cuando para llegar á lo alto se nos exije pasar por las horcas caudinas de la adulación y el servilismo; cuando de trampolín para el poder y el triunfo sirven los favores despreciables de lujurias seniles; cuando el secreto de momentáneos encumbramientos son misterios tristes de *boudoir*... ¿Con qué derecho podéis pedir á nadie que combata por su ideal con la frente alta?

Y sin embargo, ¿qué no haría esta juventud briosa si no agotase sus fuerzas en luchas estériles, si á todo pensamiento que germina en el cerebro de un jóven no pusiesen el egoismo y el recelo de perros dogos de los viejos, barreras infranqueables?...

¡Ah! sí, la juventud que aún siente, que aún sueña, y sobre todo, que aún ama, es la única capaz de traer la redención bienhechora á esta sociedad miserable é ingrata...

Un pedazo de pan para el hogar frío, y un rayo de gloria que conforte el espíritu, es todo lo que la juventud pide, y eso es lo que á mi entender debe conseguir por cualquier modo, en cambio de la herencia odiosa de los caducos, que si sembraron vientos sin provecho propio, quizás fuese con la piadosa intención de que los que detrás vinieren recogieran tempestades. En un sabio malthusianismo, en una necesaria selección intelectual de todo lo inú-

til, de todo lo gastado y viejo, estará quizás el remedio de tanto mal. ¿Y por qué no hacerlo?

Hay que dar vigor á esta sociedad decrépita, enseñarle amor, y tener fe viva en el porvenir, y nos habremos salvado; y eso sólo pueden hacerlo aquellos que tienen el corazón asequible á toda risueña ilusión, á toda halagadora esperanza, á todo sueño de rosa; y para qne hagamos esto, preciso es que algo se nos conceda.

***

Si como dice muy bien el maestro de periodistas Sánchez Pérez, en nuestro país no se *hace* política de ideas, sino de personas, y los que á ella se dedican con más ó menos honrado fin, se apellidan *Garciistas, Fernandistas, etc.*, según militen bajo las órdenes de *García* ó *Fernández*, en literatura síguese idéntico sistema, que yo tengo por costumbre tan arraigada en la entraña nacional como los toros, ó mejor aún, como la más típica y general de no pagar á los Maestros de escuela. *Audaces fortuna juvat* es todo nuestro credo literario; y del escándalo hemos hecho el primer escalón de la popularidad. Un franco, más, descarado fetichismo literario nos corroe, y no hay Dios menor de nuestro teogonía de *Liliput*, que no se sienta Júpiter ó *Zeus*, como ahora se dice, que no maneje con sin igual donaire los temibles rayos, atributo de su divini-

dad. Vivimos en plena *Tarascon*, y en cada esquina de nuestras calles no falta un viejo *cazador de gorras* que se entretiene en acribillar á perdigonadas la suya, empeñándose en que creamos que caza águilas reales.

Sea que como todo pueblo meridional impresionable hasta el último límite, histéricos, si no locos de remate, tengamos tal entusiasmo por todo lo que brilla por cima de nuestros ojos, que equivoquemos la admiración con la adoración de un modo lamentable por lo continuo, ó que tocados de la manía de las grandezas, no podemos dejar de sacar las cosas de su quicio, ello es que no hay medianía á mano que no hallamos convertido en genio esplendoroso. Abusamos tanto del adjetivo, que para los hombres de verdadera valía no hay elogio posible. Tenemos tan mala idea del valor de las cosas, quizás por falta total de educación artística, que es muy común que equiparemos al poeta insigne con el más pedestre de los malos versificadores. Yo he visto en cierto teatro escrito en las paredes, al lado del de Zorrilla, el inmortal cantor de nuestras glorias, el nombre del Sr. Jackson Veyan.

***

Inundado nuestro *mercado literario* (¡!) por producciones exóticas y extranjerizas, notándose en el público escaso una marcada inclinación á ese arte malsano, corruptor y

raquítico que nos importa del Norte la extravagancia francesa, ávida de emociones nuevas, influídos por ese concepto del arte que convierte al escritor en defensor de toda inmoralidad y toda vergüenza bellas, que llega con Catulo Méndes á la consagración del adulterio y á la divinización de la mujer perdida é irredenta, tan sólo por la fuerza del modelado sublime de su cuerpo, y en Oscar Wilde, el quizás calumniado poeta ingles, á la apología del crimen, hemos dado al traste con toda nuestra gloriosa tradición literaria, y los primeros en rendirse á la seducción del aplauso de las gentes frívolas, han sido aquellos que debieran haber tenido mayor empeño en no contaminarse, en no dejarse llevar por la corriente. cuando esta iba fuera de su cauce.

Política y socialmente, el legado de la revolución francesa nos ha resultado inútil, y tras el caramillo dulzón del Sr. Castelar, y las explosiones de elocuencia de fuegos artificiales del Sr. Moret, no se sienten arrastrados más que aquellos que tienen tanta sobra de buena fé en la virtud de la especie, que creen posible la renovación de la Arcadia por la sola virtud de las leyes. A la literatura se le pide algo más que un instante de pasajero deleite, que *lleve algo*, que haga algo más que ensalzar la belleza de la *ingrata Filis*, que responda de algún modo consolador al estado angustioso de los espiritus. Estamos en una época en que se impone á todos orientarse de nuevo en su camino.

El Sr. Balart, ha dado la medida de un misticismo que

nada tiene de consolador, de un misticismo frío, con la aspiración de un Dios que de puro sútil, se escapa de la misma idea de su ser; de un Dios sin altar y sin culto. Vaga aspiración del alma, que deja en ella una terrible sensación de vacío.

Buscando también como el insigne poeta esa nueva orientación de las cosas, Galdós, *Clarín* y la Sra. Pardo Bazán, han echado por la senda revuelta del más intrincado simbolismo, que para mí es la fórmula de un arte infantil (la parábola), y el éxito no ha coronado sus esfuerzos afortunadamente.

***

Al llegar á este punto mi pluma se detiene dolorosamente. Si compromisos ineludibles contraídos, y que me es imposible romper, no me obligaran á seguir mi trabajo, suspenderíalo sin vacilación alguna. Un caballero que ejerce de *crítico* de teatros, ha publicado un folleto que titula *El Besugo Clarín*...

Decíalo al principio y ahora lo repito; sería para mí una honda amargura, que se tuviese este trabajo por una explotación del escándalo, que se tratase de ver en él lo que siempre ha repugnado á mi conciencia de hombre honrado, que si no tiene por un sagrado sacerdocio su oficio de periodista oscuro y de escritor ignorado, pone muy por cima

del interés villano del lucro y de esa fama *negativa* del que cultiva el escándalo, la sinceridad de sus juicios y la rectitud de sus intenciones. No me he dejado llevar jamás de la pasión, como un *medium* embustero de falsas inspiraciones. Me habré equivocado mucho, quizás siempre. Pero al buscar en mi trabajo diario el pan de los míos, jamás me he dejado la dignidad á la puerta de la tienda. Puedo presentarme ante el Supremo Tribunal, diciendo tranquilo—Señor, no he dado oídos á la injusticia, no he hablado nunca contra los dictados de mi conciencia, no he mentido...

...De *besugo* califica el Sr. Las Heras á *Clarín*. Yo no sé en qué grado de la escala zoológica habría de colocarle á él...

***

Después del folleto, por no llamarlo otra cosa, del Sr. Las Heras, toda la soberbia desbordada de los célebres, cuando sienten la picadura de la crítica, todas las violencias de conceptos y lenguajes en las polémicas, son justísimas. Razón, sí, razón sobrada tendrían para volverse airados contra sus censores, en el despecho de su derrota, si todos los *críticos* fuesen como éste. Ejercer la crítica de modo que más que la razón, zumbe en los oídos del criticado la sátira sangrienta, los chistes groseros con marcado sabor de injurias, es hacer bueno el dicho popular de que la crítica es oficio de eunuco...

¡Ah! no, la crítica, como dice muy bien mi querido amigo Ricardo Fuente, es una obra de arte tan meritoria como otra cualquiera. Los trabajos de Barbey D'Aureville, de Octavio Mirbeau y de tantos otros, son verdaderas joyas literarias, hermosas páginas de lo que puede y vale el esfuerzo peregrino del ingenio humano.

Hay que deslindar bien lo que es crítica y lo que es...

***

Preguntar por el *bagaje* literario de *Clarín*, es una insigne tontería. *Pipá*, *¡Adiós cordera!* y *La conversión de Chiripa*, estos tres cuentos solo, valen para dar á cualquiera derecho á codearse con la *aristocracia*...

El Sr. Las Heras, es ya antiguo en el oficio. Desde las columnas de *El Ideal* ha llamado *ladrón* á algún autor. Tiene la obsesión de el *pescado* y publicó tiempo ha otro folleto con título parecido. Le pasa lo que al muerto del soneto. Se huele á sí propio y atribuye el olor al vecino... ¡Ah!, conste que no estoy vendido «al oro de la reacción».

Porque V. es capaz de suponerlo todo.

***

Quedábamos... Quedábamos en que la Sra. Pardo Bazán, Galdós y *Clarín*, en busca de la nueva fórmula del arte, pretendida en vano por tanto insigne escritor, habían

fracasado por completo. Causa primordial de ello, véola yo en la anómala actitud del público. Por un fenómeno verdaderamente notable, el mismo público que lee y celebra las concepciones sombrías del pontífice máximo de la descoyuntada escuela simbolista, de Ibsen, y del aún más extravagante Strimberg, viene rechazando unánimemente esta clase de obras, cuando el autor que se las ofrece es español.

En el espíritu nacional nótase una gran tendencia hacia una necesaria y redentora reacción de españolismo. Hartos de jacobinas aventuras democráticas y de infructuosas correrías por el campo de la filosofía alemana, los ojos de todos se vuelven ansiosos buscando en elementos propios, en el rico tesoro de nuestra historia, remedio á nuestros males. El problema social preséntase al igual amenazador en España que en otra cualquier parte; pero no es posible que preste alivio á nuestras angustias el pesimismo macabro de los escritores del Norte. El espectáculo constante de una naturaleza pródiga hasta el exceso, de la renovación continua de la vida de modo briosísimo, bajo la espléndidez de un cielo eternamente azul y de un sol que abrasa la tierra en abrazos prolíficos de fuego, predisponen el ánimo de las gentes á la alegría. Acostumbrados á recibir en los ojos la claridad ofuscadora de un sol que es un incendio, no hiere nuestra vista la debilidad de imágenes poco luminosas, que lucen con la triste fosforescencia de los fuegos fatuos...

Allí, bajo la cubierta gris de un cielo eternamente enlutado, en aquellas melancólicas noches, viendo á través de los cristales el penoso trabajo de las luces por romper la densidad de las sombras y de la niebla, en aquellas costas combatidas perdurablemente por mares indómitos y traidores, cuyos vientos, que la imaginación en pavura ha poblado de fantásticos seres, silban en las velas de los barcos trémulas canciones de miedo, el grito de angustia del protagonista de *Los aparecidos*, pidiendo el sol á su madre suenan con todo el horror trágico de su inmensa grandeza... entre nosotros es ridículo... Diferencias sustanciales que no borran los siglos... Mientras ellos temen la muerte de sus navegantes, de horribles brujas con cuerpo de demonio, nosotros, idealizándola, poblamos nuestros mares, radiantes de luz, de traidoras *sirenas*, con cuerpos divinos de mujer adorable, que atraen con el acento dulcísimo de su voz argentina... No, no es posible, la tentatlva es suicida. Por cima de nuestros pesares se levanta el rumor del alegre circular de nuestra sangre ardorosa. Quéjase el pueblo de sus dolores, y hácelo al compás regocijado de la guitarra... en medio de la zambra y la fiesta, mientras corren de mano en mano las cañas de manzanilla... Es inútil querer hacerse sordo al grito de la naturaleza que clama sin descanso con el Dr. Pascual de Zola: —¡Tened fe en la vida!...

***

Por campo de su experimentación han elegido Galdós y *Clarín* el Teatro. No han podido equivocarse más en la elección.

Desterrado de nuestra escena las producciones románticas con sus héroes de pan de bizcocho y sus damas en constante gimoteo, hechos á admirar la pasión desbordada castizamente española en la obra inmensa de trabajador constante y de poeta superior, de D. José Echegaray, cuyos caracteres, si pueden tacharse alguna vez de poco humanos, es porque tienen mucho de divinos; habiendo avanzado con Sellés por el camino de un naturalismo robusto, viril; habiendo saboreado en la última temporada obras maestras de nuestro teatro clásico, aunque algunas de ellas harto maltratadas por un *arreglador* poco inteligente, era imposible que nuestro paladar estuviese dispuesto á saborear obras cuyos personajes huelen á carne manida.

...Muñecos mecánicos, fantoches ridículos, sin sangre, sin músculos, con el corazón atrofiado, sin entrañas, el sentido moral pervertido, *marionettas* que visten á la inglesa y hablan como filósofos locos, hijos que no desmienten la ley de herencia, que llevan en sí la pena del pecado capital de sus padres vesánicos, desequilibrados, artistas que buscan el placer en el refinamiento malvado del dolor, iluminados y epilépticos, no pueden andar por nuestra escena, radiante de luz que les ciega, de gloria que les deslumbra...

La exaltación de las grandes pasiones y de los santos de-

beres, del honor más puntilloso, del valor temerario, del patriotismo más ardiente, ha informado la grandeza de nuestro clásico teatro nacional, que irradia sobre el mundo la brillantez de sus concepciones.

Sentir, pensar y hablar, como se siente se piensa y se habla en el mundo al impulso de las grandes pasiones, es patrimonio excelso de los seres ideales á que dieran vida con el soplo de su genio nuestros dramaturgos victoriosos...

...Como dice muy bien mi querido poeta Manuel Paso, el dolor y su melancólica poesía son eternos, y su expresión á traves de los siglos es la misma...

Sin duda que la pasión me fuerza á ello; mas ¿qué queréis? Prefiero al sombrío *Hamlet* el risueño y enamoradizo *D. Juan*...

***

Echegaray fué el primero, si no recuerdo mal, que, dejándose llevar de la novedad, fracasó con la traducción de *Los aparecidos*, de Ibsen, *El hijo de D. Juan*, y con excelente criterio abandonó el mal camino. No sirvió el ejemplo de nada. La lección era provechosa, y, sin embargo, no la tomó quien debiera.

***

Dramas de *tesis*... Teatro de *ideas*... *análisis*... ¡Trabajo vano! Los *nuevos moldes* son peores que los vie-

jos. Si en la literatura dramática se imponen, como en todo, nuevos rumbos, si hay que edificar algo nuevo, tiene que ser forzosamente sobre los cimientos eternos... Si á toda obra artística ha de exigírsele, como afirmaba anteríormente, que lleve al espíritu algo más que pasajero solaz, no puede nunca ser á costa de su propia naturaleza...

***

Al teatro no va nadie á pensar, sino á sentir. Á una masa tan heterogénea de gentes como se reunen para juzgar la obra escénica, tan compleja, y cuyo éxito, malo ó bueno, obedece á multitud de circunstancias, algunas independientes en absoluto del autor (la facultad de los artistas), de ideas y de condiciones tan distintas y hasta antagónicas, no puede reunírselas en la admiración y el aplauso de *idea* determinada, pero sí es seguro que podréis arrancar de sus ojos las lágrimas con el espectáculo de un dolor cualquiera. La humanidad toda es igual ante el dolor; en todas partes se sufre lo mismo y de idéntico modo embarga la amargura el corazón del pobre que del rico, del opulento que del miserable... El dolor ajeno halla en todos los corazones eco de simpática ternura...

***

Seducido por la brillantez de los triunfos dramáticos, más sin duda que por lo que ha llamado con no poco do-

naire mi querido maestro Canals los *inaccesibles trimestres*, lanzóse Galdós á la escena con *Realidad*, obteniendo éxito merecidísimo. Pero...

El eterno *pero* de las cosas humanas. De entonces acá volvióle fortuna las espaldas, y si se aplaudió *La loca de la casa* y *La de San Quintín*, debióse más que á mérítos propios á ajenas complacencias y á la cariñosa admiración que todos sentimos por el que hemos dado en llamar el rey de nuestros novelistas. Bien es verdad que este es el país de los ciegos...

Gerona, drama estrenado en el Español, tampoco obtuvo la sanción del *augusto senado*, como llama, en su afán de decir las cosas al revés que las demás de las gentes, nuestra ilustre literata, la *Severine* gallega, Sra. Pardo Bazán, á lo que el vulgo apellidamos público.

El carácter tenaz de D. Benito no se desanima por nada. Siguió en su empeño de dramaturgo y cayó de modo fatal en *Los condenados*. Después... después Galdós dió un mentís á su modestia proverbial, cerró contra la prensa, contra los críticos, contra todo el mundo. Publicó su malhadado prólogo... Y...

***

...La historia del periodismo es la última de la humana ingratitud. Hemos levantado sobre el pavés muchos hombres pequeños; hemos engrandecido muchos nombres

insignificantes; hemos contribuído á formar muchas grandes fortunas, y toda pequeñez engrandecida, toda miseria agrandada, toda improvisada fortuna, nos ha mirado desde lo alto con desprecio. Hemos sembrado flores sin cuento, y no hemos tenido más que cosecha prodigiosa y amarga de espinas punzantes. Tan á lo vivo representamos nuestro papel de redentores, que salimos siempre crucificados...

***

¿Cómo le voy yo á negar, ni nadie, méritos á Galdós? No, no es eso.

Que Galdós sea un novelista insigne no tiene que ver para que á la vez resulte un dramaturgo imposible, detestable. Sus novelas y sus episodios son verdaderamente envidiables, tan buenos por lo menos como malas sus comedias. Esto no necesita demostración, está en la conciencia de todos. Lo que es que estas cosas se callan. Porque carecemos de sinceridad crítica, porque llevamos no sé qué mezcla de sangre de esclavos y todavía resuena en nuestros oídos el grito del pueblo madrileño á la vuelta de Fernando VII: *¡Vivan las cadenas!* Porque después de declarar genio omniscente á cualquiera, recibe nuestro satánico amor propio terrible herida al declarar que nos hemos equivocado, que *aquel gran hombre* ni es genio, ni omniscente, ni nada...

¡Sinceridad crítica!... *Fray Candil*, un crítico que

vale bastante más que muchos que pasan por eminencias lo ha dicho de modo admírable: «Ser sincero, ser franco, equivale á ser eternamente pobre, eternamente odiado, eternamente preterido... ¿Qué importa? El regocijo interior bien vale que se le sacrifique todo eso que, después de todo, no es más que humo...»

Cuando el público rechaza una producción de un *célebre*, en pró del eufemismo del lenguaje, se califica su descalabro benévolamente de *equivocación*; cuando el protestado y silbado es un desconocido, por poco malo que de él digan, no han de bajarle de *imbécil*.

Es un vicio que está en la sangre. La musa popular lo canta en epigrama amargo:

Cuando se emborracha un pobre
le llaman el borrachón;
cuando se emborracha un rico,
¡qué gracioso está el señor!...

***

De la cruzada emprendida contra *Clarín* no formo parte. Yo lucho por cuenta propia. Aprovecho los momentos que tengo por favorables á mi causa, pero como no me mueven ninguna baja pasión, ningún interés vergonzoso, no necesito ni quiero el apoyo de nadie. Además, tengo el orgullo de mi insignificancia, y no me arrojo jamás á empresa alguna cuando es un Arimón quien oficia de General en jefe.

Tengo la firme convicción de que si desagradable es la vanidad de los sabios, la fatuidad pedantesca y necia de los inútiles, es insoportable.

***

No es de las más sanas la reputación de *Clarín*. La generalidad de las gentes no han leído de lo mucho que escribe, más que los *Paliques*, de *Madrid Cómico*. Sin embargo, viene pasando por crítico indiscutible. Toda nombradía que ha querido obtener la consagración de su mérito, ha tenido que pasar por la sanción del Catedrático de Oviedo.

Cuando se habla de nuestro orgullo tradicional, de la altivez castellana y demás tópicos gastados de nuestro pseudo patriotismo, me río con una pena tan amarga... Debe ser quizás que con la *comunidad* artística no rezan esas tradiciones, porque entre *nosotros* no parecen *esas cosas*...

Aquí la crítica, salvo honrosas excepciones, ha seguido muy á lo vivo los consejos de *Fígaro* al escritor primerizo que le consultara. Lo de menos es la obra juzgada; lo importante es el físico del autor y el de su mujer, si la tiene, á veces. Nadie se ha sublevado contra ella. Autores, periodistas, poetas y literatos, émulos de Job, no han pensado nunca en revolverse contra quien no halla medio de juzgar una obra sin llamarle aunque no sea más que *feo* al que la escribiera. No es sólo esto. En el general rebajamiento

moral, el que le insulten groseramente, hay quien lo recibe con regocijo.—Fulano te llama *bruto* y dice que lo único bueno que tienes es que tu mujer es muy *amable*; les decís. Y os contestan con frescura.—Ya lo sé. Me tiene sin cuidado. Mejor aún; así suena el nombre y eso gano...

***

Indudablemente que es *Clarín* uno de nuestros primeros cuentistas; *Pipá, ¡Adiós cordera!* y algunos más no me dejan mentir. Convencido sin duda de lo que para mí es artículo de fe y repetidamente lo he dicho en este trabajo, convencido de que hay que *decir algo*, ha seguido en la *Conversión de Chiripa* el camino del misticismo de Balart, que lejos de proporcionar ni el más pequeño consuelo, deja el espíritu yerto. La fe vacilante del que no está firme en la creencia, del que duda, no puede infundir ánimo en nadie. Se siente una profunda tristeza al percibir que el que nos guía no cree en la cercanía del puerto y que afirma lo contrario por un efecto de caridad mal entendida... Allí, allí está—gritan—la salvación y su brazo que señala á un punto lejano del horizonte, cae con desaliento. Apóstoles misántropos de una religión en que no creen... Después de leer el hermoso cuento, se siente el corazón más oprimido. ¿La humanidad, será eternamente así? ¿No habrá jamás para el pobre otro refugio que el del templo? ¿Serán siempre los que sufren parias que esperan de la muerte su bien? ¿No ha de brillar la justicia un ins-

tante en la tierra? ¿Acaso no nos ha prometido Cristo reinar aquí abajo?...

No, no es esa la solución. Esperar, esperar en la eterna justicia, en la reivindicación de todas las desdichas en el más allá, sí, ¿pero y mientras llega?...

***

Como novelista, *Clarín* en *La Regenta* se parece demasiado á Flaubert, y *Su único hijo* pertenece á esa clase de libros que ciertos editores, de moralidad dudosa, ofrecen remitir *reservadamente*. Como satírico, ha pasado su vida entera corriendo tras de un chiste sin alcanzarlo. Como autor dramático, el *ensayo* ha resultado desastroso. De los cuentos ya hemos hablado. Como crítico... *Clarín* es un eterno fracasado.

***

De *Teresa* no quiero ocuparme... Si el tiempo que se ha malgastado en ocuparse de ella se hubiese dedicado á otra cualquier cosa, no se hubiese perdido nada. Por malo dió el drama el público y por malo le reputo yo con solo esto. Si leída resulta mejor ó peor, no es del caso. Las obras dramáticas se escriben para su representación, y en la escena es donde hay que juzgarlas.

***

Olvidóse *Clarín* sin duda que dejarse llevar de la ira

es como subir en globo: desde lo alto se ve muy pequeña la tierra; pero desde abajo, ni siquiera se percibe al aeronauta y su máquina. Nadie con menos derecho que Leopoldo Alas para exigir benevolencia á los que le juzgan. Durante largo tiempo ha fustigado sin piedad á multitud de escritores, que no diré yo que sean *genios*, pero que tampoco merecían el cáustico de su crítica desdeñosa. Ferrari, el malogrado Velarde, *Fray Candil* y cien más. No podía pedir la virtud de la sinceridad quien no la tuvo ni una sola vez. Quien fué siempre apasionado y parcial, quien se burló cruelmente de la Sra. Pardo Bazán y después sale á su defensa en debate imposible, quien ha tenido el atrevimiento de pagar los elogios que particularmente á *Teresa* hiciera Galdós, comparándolo en artículo reciente con Balzac y con Zola y otorgándole, en cierto modo, supremacía al autor de *Realidad* sobre el maestro insigne del naturalismo, quien ha cometido el *sacrilegio*, para mí lo es, de comparar el discurso del protagonista de *Torquemada y San Pedro* con el de *Las armas y las letras* de Cervantes, ¿tiene derecho á que con él usen procedimientos de estricta justicia?

Leía yo el *Palique* de *Clarín* en el *Heraldo* defendiendo á la Sra. Pardo Bazán y recordaba la discusión sangrienta de *La piedra angular* y los fúnebres chistes á costa de aquel verdugo, á quien su autora llamaba *el hombre del hongo bisunto.*

¡Oh! ¡Qué mala memoria debe tener el Sr. *Clarín!* Mientras la derrota no batió sus alas de cuervo encima de su cabeza, *Clarín* tuvo desdenes hasta para los notables, sus *amigos*. Al sentir el peso del vencimiento, al flaquear en la lucha, se vuelve risueño á ellos pidiendo auxilio. Es la conocida maniobra del tacto de codos.

***

Una de las cosas que no me he explicado nunca es la notoriedad alcanzada por la Sra. Pardo Bazán. De todo lo que ha escrito, y cuidado que no es poco, lo que más me ha complacido son algunos cuentos traducidos del francés. ¡A traducir no hay quien le gane!

No soy de los que tienen el prurito del purismo; á la vista salta. Me parece una empalagosa cursería *tratar* de escribir como lo hicieron nuestros escritores del siglo de oro, y por más que es muy vulgar no deja de tener gran fuerza el razonamiento de que ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón escribieron como el Arcipreste de Hita, ni como Gonzalo de Berceo, y sin embargo, *quedaron*...

La Sra. Pardo Bazán tiene esa manía, y resultan sus trabajos plagados de neologismos. Su afán inmoderado de decir las cosas de modo nuevo le trastorna, y los galicísmos y construcciones extrambóticas abundan en sus obras de un modo prodigioso. Recuerdo que en un cuento, con tendencias místicas, *La sequía*, publicado en *El Imparcial*, se

refería á un sabio que salía los domingos al campo á *hacer su poquito de geología*. Andar á caza de gazapos gramaticales lo he tenido por tarea inútil siempre y que nada prueba en contra de un escritor. La corrección es gran mérito, pero con eso solo no se va á ninguna parte, ni á la Academia. A más los que se dedican á anatematizar los pequeños defectos, generalmente incurren en los mismos que anatematizan. Se ve muy bien la paja en el ojo ajeno y no se ve la viga en el propio.

No es esto lo malo de D.ª Emilia Pardo. Lo peor lo dirá por mí el Sr. Icaza: «La Sra. Pardo, en *La cuestión palpitante* vulgariza las ideas y los juicios expresados por Zola en *Les Romancieres naturalistes* y *Le Roman esperimental*. En *San Francisco de Asis* copia todo lo que es crítica literaria de Ozanam en su obra *Les poetes franciscaines en l'Italie du XIII siècle*. Y por último, en las lecturas que acerca de la novela en Rusia dió en este Ateneo la misma señora, no sólo toma los juicios, las anécdotas y las notas de *Le roman ruse* de Melchor Vogüe, sino que traduce hasta las palabras...»

***

La Sra. Pardo Bazán también ha pensado en hacer algo de provecho. Ha querido ser mística y ha resultado herética. El ansia inmoderada de descollar por cima de todos le ha perdido.

Yo no creo que la *nueva fórmula* del arte consista en falsear los textos sagrados, en injuriar á la *Magdalena* y en convertir el calvario en escena del *Teatro libre.*

***

No era mi propósito hacer el estudio de las obras de nadie. Eso exigiría más tiempo y mayor espacio. Mi propósito es no más que consignar *hechos* y deducir las consecuencias que me sugieran. Ha sido preciso que nos insulten, que sintamos en la piel la picazón del látigo injusto que flajelaba nuestras espaldas, que la ira nos hiciese sus víctimas y el despecho nos escogiese para inmolarnos en el ara sucia del Dios de la soberbia, para que alzásemos los ojos humildes del suelo y tuviéramos valor para mirar á los *genios* cara á cara. Y hemos visto ahora que si el coloso de la leyenda bíblica tenía de barro los pies, tienen algo más de él nuestros *grandes* hombres.

***

¡Los dioses se van!... Tríste como toda verdad... ¿Pero qué hacerle?... ¡La nueva fórmula! ¡La nueva fórmula!... ¿Será una dulce esperanza mentirosa como tantas otras?... ¿No tendrá el arte medio de aliviar los nuevos dolores?... Económicamente vivimos á costa del porvenir; ¿tendremos intelectualmente que refugiarnos en el pasado?...

Dioses caídos... Gloriosos en su derrota... ¡Pero vencidos!...

La generación que nos antecede ha sido iconoclasta. Nosotros hemos adorado á sus ideas y á sus hombres; y sus ideas y sus hombres nos han ido arrancando del pecho las tradiciones venerandas, la fe ardiente y el entusiasmo, y nos ha dejado el corazón vacío y estéril, á cambio de enseñarnos á sonreir eternamente, con la sonrisa hipócrita, fría de la incredulidad.

Yo quiero creer en algo, y amar alguna cosa... Quiero creer en Dios y en la vida y amarlos... Odio el pesimismo que entenebrece la existencia, ahora que el sol inunda mi cuarto, y el aire embalsamado del campo cargado de *vitalidad*, llevando el hálito de fuego que despide la tierra en fiebre de procreación entra juguetón á revolver mis papeles y á esparcir por la mesa mis cuartillas.

Dioses caídos, sí, nos han educado en la mentira, y ahora que desengañados les pedimos la verdad, no pueden dárnosla...

Es imposible. Cuando nuestro deseo ha ido más allá de su fuerza han intentado un esfuerzo supremo y no han podido. Al anciano general cargado de gloria se le venera, pero no se le confía la dirección de un ejército.

***

Esperar que la nueva dirección de las cosas ha de re-

solverse de una vez como la incógnita de un problema matemático, que ha de salir como de la cabeza de Júpiter, Minerva, es una locura. Pero que la que ha de realizarlo es la nueva generación es indudable. No espero nada de un *mesías*, de un *apóstol*. Tengo absoluta confianza en el *montón*, la muchedumbre de los *anónimos*, de los desconocidos, de los ignorados. *Zeda* ha dicho algo de esto, aunque refiriéndose á otro orden de ideas, mejor, de hechos, y sus palabras, más elocuentes que las mías y de mayor autoridad, sírvanme de apoyo:

«¡Oh! La galería, los humildes, los ignorantes, los pobres de espíritu son hoy, como lo fueron siempre, los que trazaron las páginas más gloriosas de nuestra historia. En España valió siempre el pueblo más que sus caudillos. Dígalo la jornada del Dos de Mayo. En aquel día de horror y duelo, cuando tantos hombres superiores atendían los mandatos de la prudencia, disfraz muchas veces del miedo, los humildes, el montón anónimo, majos y chisperos, se hacían matar heróicamente en las calles de Madrid. «Aquel día—dice un escritor extranjero—pudo más la navaja que el cañón.»

¡Ah! Pero hé aquí que este pensamiento mío de que la nueva generación *haga algo* de provecho, no es en mí mismo más que una ilusión pasajera, entusiasmo de un instante, esperanzas de un momento que las tristezas de la realidad vívida y palpitante desvanecen.

Al ánimo más despreocupado y escéptico apena y contrista el observar el terrible aplanamiento que pesa sobre

nuestra juventud literaria. Los que debieran soñar con ideales nuevos marchan sumisos, uncidos á los carros triunfales de los célebres. Los que debieran plantar independientes su tienda de campaña y combatir más á los de arriba que á los que marchan á su lado, se reunen como las ovejas al silbido del pastor en masas compactas, y cobijados en las viejas casas solariegas de los caducos, se combaten y destrozan sin fruto para el presente ni esperanza para el porvenir...

...Mas, tengamos fe en la madre naturaleza, que ella, amorosa, no ha negado los héroes y los genios á la humanidad vacilante en los momentos supremos, ni ha escatimado la sangre de los mártires, dispuesta siempre á correr fertilizadora por la tierra al servicio de las grandes causas...

***

No me sigas, quien quiera que seas, que has llegado hasta aquí. La práctica enseña que para *llegar* es más cómoda y ligera la senda extraviada del favor que la recta de la fe y el trabajo. Ten presente que el mundo ha crucificado siempre á todos los redentores...

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Neurosis, con prólogo de Salvador Rueda (agotada); una peseta.

EN PRENSA

Enriqueta (páginas bohemias), novela.
Fugaces (cuentos de amor).
Los jóvenes.